

LOS CRISTOS DE LOS MARINEROS
ENTRE CREENCIAS Y LEYENDAS

Ramón Ojeda San Miguel



CASTRO URDIALES



Si a lo largo de muchos, muchos siglos, ha habido un oficio peligroso, ese ha sido el de marinero y pescador. Los pescadores siempre han vivido en el límite: rayando constantemente con la pobreza y conviviendo cotidianamente con la muerte. Miedo, pobreza y bajísimo nivel de instrucción; el mejor caldo de cultivo para el desarrollo de una extendida religiosidad, en la mayoría de la ocasiones hermanada con una visión fatalista de la existencia y llena de supersticiones. Xabier Armendariz ha pintado con gran acierto el ambiente del que hablamos: “El terror en su estado más puro, el miedo a lo desconocido y la sensación de desamparo ante la naturaleza amenazadora han sido emociones que han acompañado de manera ineludible a generaciones enteras de marineros y pescadores. A diferencia de otros oficios, la gente del mar medía su separación del abismo, y por lo tanto de la aniquilación, únicamente por el grosor de una tabla del casco”¹.

Religiosidad por todos los sitios en la vida marinera: “En este contexto, no es de extrañar que una clase de vida que transcurre en extremos psicológicos complejos genere comportamientos y devociones intensos a los que la Historia de las Mentalidades puede acceder, casi con exclusividad, a través del estudio de determinada producción material o la tradición”².

En todos los puertos del litoral peninsular, y en sus cofradías de pescadores, existen veneraciones de profunda tradición popular vinculadas siempre a imágenes de Vírgenes, Santos y Cristos. En la práctica totalidad de ellas siempre hay una leyenda unida directamente a la mar. Muy curioso resulta, y es el asunto principal de estas cuartillas, comprobar el buen número de *Santos Cristos*, cuyas respectivas tradiciones y leyendas remiten siempre a un hallazgo casi casual en las aguas de los océanos. Intentemos hacer un pequeño repaso, sin pretensiones de abarcar todos, de los principales casos.

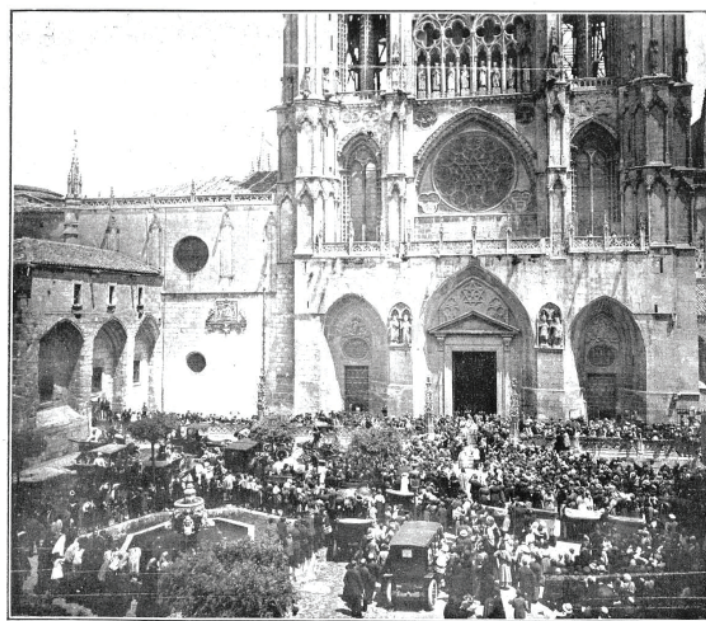
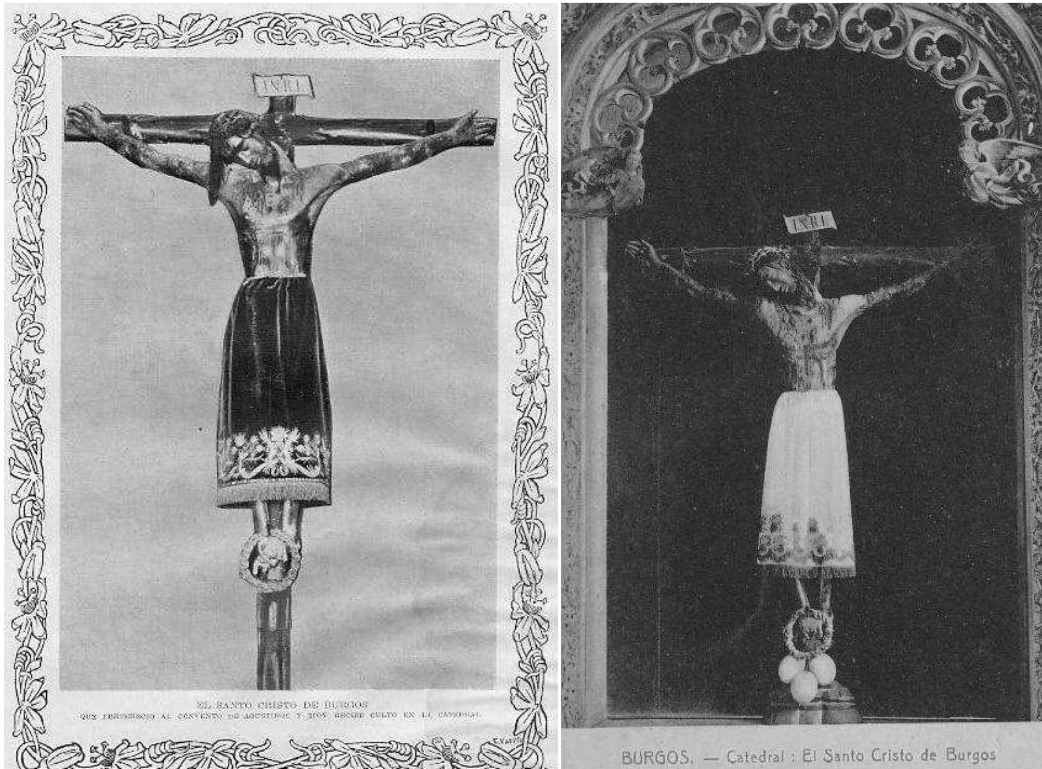
En una de las primeras capillas de la catedral de la ciudad castellana se encuentra el muy venerado **Cristo de Burgos**. Cuenta su leyenda que Pedro Ruiz, opulento comerciante del siglo XVI de aquella capital, tuvo que emprender un viaje de negocios a Flandes, y que ofreció a los Agustinos un obsequio religioso si realizaban misas y oraban por el buen retorno de su marcha.

Ya de vuelta y embarcado rumbo al Cantábrico, Pedro Ruiz se dio cuenta de que había olvidado la adquisición de su regalo. Justo en aquellos momentos los marineros de la nave en que viajaba vieron flotando en la mar un gran arcón. Allí, en su interior, estaba la imagen de Jesucristo. De ella se hizo cargo el mercader, y con ella pudo cumplir la promesa con los religiosos burgaleses. La leyenda con el paso de los años y generaciones se fue

¹ Armendariz, X., Exvotos y ofrendas marineras en el País Vasco: estado del estudio e inventariado de materiales votivos marítimos, *Itsas Memoria. Revista de Estudios Marítimos del País Vasco*, 6, San Sebastián, 1009, pp. 381 – 402.

² *Ibidem*.

enriqueciendo cada vez más: los fieles aseguraban que la imagen respiraba, que los cabellos y las unas de ella crecían, y que en algunas ocasiones lloraba y sudaba sangre. Incluso hubo quien afirmó que el Cristo burgalés era obra del propio Nicodemo, y que por ello era una exacta reproducción de la figura de Jesucristo.



Burgos.—El prelado desde la puerta de Santa María, de la catedral, bendiciendo a los automóviles de la población, con motivo del Triduo del Santo Cristo de Burgos

Puede llamar la atención que empecemos con un Cristo del interior peninsular. Sin embargo, no es el único caso de imágenes veneradas en pueblos “terrestres” con un clarísimo origen marinero. Muy cerca de Burgos, en el convento de Santa Clara de Palencia se encuentra otra célebre imagen, el *Cristo de Palencia* o *Cristo de las Claras*, con una leyenda muy similar. Cuenta la tradición popular que el Almirante de Castilla, Diego Alonso Enriquez, navegaba en aguas atlánticas en el año 1377 al frente de la Armada, cuando un vivo fuego de San Telmo, que en la superficie del agua no se apagaba a pesar del fuerte oleaje y viento reinantes, llamó poderosamente su atención. Hacia allí se dirigió en su nave capitana, y al acercarse vio una preciosa urna de cristal y dentro una imagen tremendamente iluminada de Jesucristo. Imagen que más parecía, por su facciones agónicas y flexibilidad, humana que de madera.

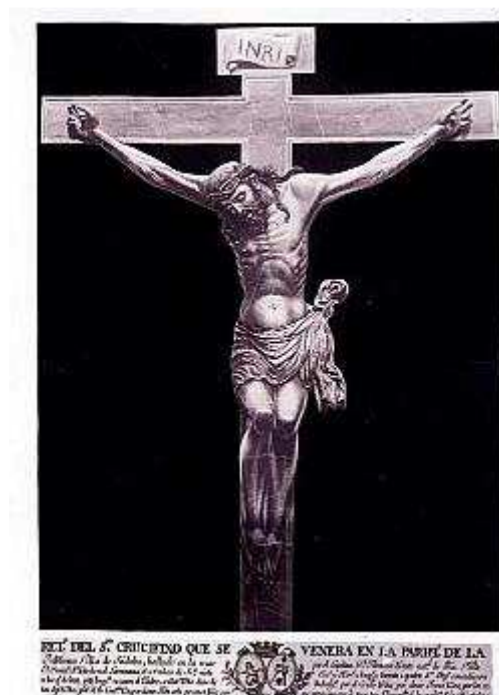
El Almirante, convencido de que la aparición era milagrosa, optó por trasladar al Cristo encontrado en la mar hasta al convento de las monjas de Santa Clara. Allí enseguida alcanzó fama de milagroso, acentuándose su veneración con otro milagro ocurrido en el año 1666: las monjas oyeron un gran ruido repentino proveniente de la capilla, y cuando se acercaron comprobaron que el Cristo había mudado de posición. Originalmente era una figura yacente, con el rostro mirando hacia el cielo y con las manos entrelazadas; y ahora aparecía con las manos desunidas y la cara ladeada.



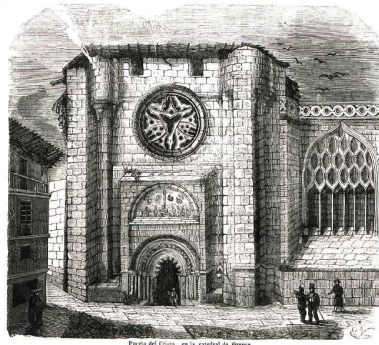
También en tierras palentinas, en la ermita de *Santo Cristo de Torre Marte* en la localidad de Astudillo se venera otro Cristo con su peculiar tradición: la imagen esculpida por Nicodemo, llegó desde tierra Santa flotando en la mar y remontando los ríos, hasta llegar al Pisuerga y quedarse en esta localidad.



En Sádaba, localidad aragonesa de la comarca de cinco Villas, se venera otra famosísima figura de un Cristo marinerero. El **Cristo de Sádaba** también tiene su leyenda: un capitán de navío de la Armada del emperador Carlos V, natural de aquella Villa, Tiburcio Xinto, encontró a comienzos del siglo XVI la imagen de Cristo flotando en la mar. El monarca dio entonces permiso al marino para que llevase la imagen a su localidad natal. Al principio colocó el Cristo, colgado de una argolla, en la puerta de su casa, y de allí enseguida fue traslado al interior del templo. Los sadabeses, de generación en generación, han transmitido esta leyenda de la venerada e imponente imagen (1'79 metros de longitud y casi 70 Kilogramos de peso).



También en el interior, en este caso en tierras gallegas, en Orense se encuentra otro muy venerado Cristo. Una imagen gótica, de aproximadamente dos metros de altura, con pelo y barba naturales, el **Cristo de Orense**, que está unido a otra leyenda marinera: la imagen apareció flotando en las aguas cercanas a Finisterre, allí la recogió el obispo Vasco Pérez Mariño, quien la llevó en el siglo XIV a Orense. Muy venerado por las gentes de Orense, estandarte de su tradición, el Cristo se encuentra en la capilla mayor de la catedral.



Planta del Cristo, en la catedral de Orense.



Portada principal de la catedral de Orense.



Santísimo Cristo de Orense

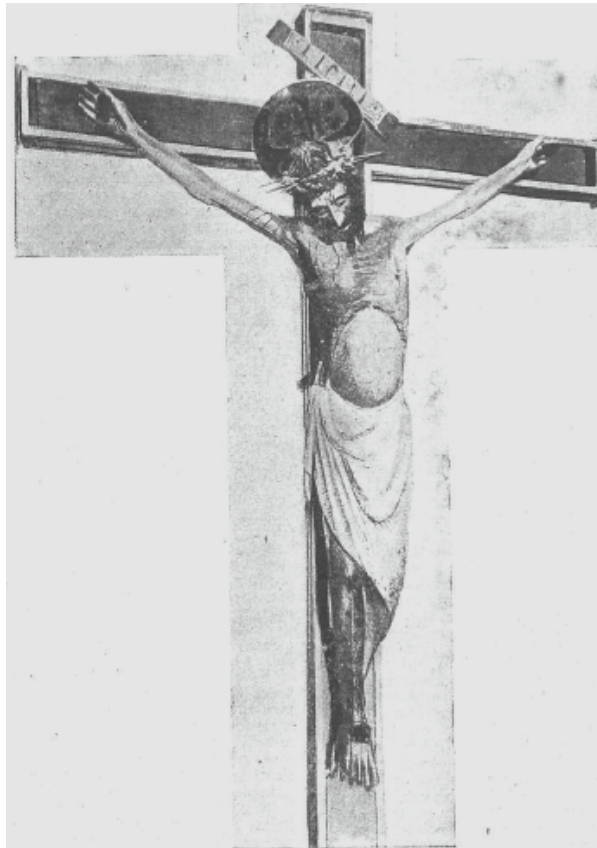
Una antigua tradición cristiana cuenta que Nicodemo, muy impresionado al contemplar directamente la agonía y muerte de Jesucristo en la cruz, se propuso esculpir la imagen del Santo Cristo con el fin de reflejar todo aquel tremendo sufrimiento. Comenzó la tarea, pero cuando llegó al rostro, por más que trabajaba no lograba plasmar la angustia divina. Cansado, desilusionado, tras muchos intentos Nicodemo se quedó dormido. Al despertar, muy conmovido, se encontró con el rostro de Cristo perfectamente tallado y tal como había imaginado el sufrimiento facial. Aquel primer escultor de Cristo llevó la imagen a Jerusalén para que, emocionados, la vieran la Virgen y los Apóstoles.

Cuando comenzaron las persecuciones de los primeros cristianos, la imagen fue escondida en Beirut. Allí, en el subterráneo de una casa, fue custodiada y veneranda en secreto. Pero, un día, el pequeño grupo de cristianos encargados de su cuidado tuvo que huir precipitadamente, dejando la imagen escondida en un arcón. Al cabo de mucho tiempo el judío Eleazar Mare adquirió la casa y el subterráneo en el que estaba el Santo Cristo.

Otros judíos vieron la imagen en la casa de Eleazar, e inmediatamente le acusaron de cristiano. Furioso, y con el ánimo de preservar su reputación, el judío clavó una daga en el corazón del Cristo. Al instante empezó a brotar sangre de la llaga. Como resultado del milagro muchos judíos se convirtieron a la fe de Jesús, custodiando y venerando durante muchos años la imagen de Nicodemo en la sinagoga de Beirut.

Cuando los musulmanes conquistaron Beirut la cruz fue arrojada a la mar. El Cristo atravesó flotando todo el Mediterráneo hasta llegar a la desembocadura del río Ebro en Tortosa. No paró allí el periplo de la primera imagen de Jesús: remontó la corriente del caudaloso río, entró en las aguas del Segre y llegó hasta la localidad de Balaguer. Esta es la bonita y piadosa para los creyentes historia del origen del muy venerado ***Santo Cristo de Balaguer***.

El relato todavía no acaba aquí. Las gentes del lugar no lograban sacar la imagen del río. Avisaron entonces a las monjas clarisas, y éstas en procesión se acercaron hasta las orillas. La Abadesa se arrodilló junto al lecho del río, y al momento una suave ola acercó la imagen hasta sus manos. Lugareños y monjas llevaron al Cristo hasta Balaguer. Introdujeron la imagen dentro del Santuario y comenzó así una devoción que se mantiene hasta nuestros días.



EL SANTO CRISTO DE BALAGUER

Esta famosa imagen se venera en la antigua iglesia de Ntra. Sra. de Almatá, hoy del Santo Cristo, en Balaguer. Según tradición, la imagen arrojada al mar en lejano país por los infieles, arribó a la costa de Tortosa, y siguiendo río arriba por el Ebro hasta el Segre, llegó a Balaguer quedando inmóvil a la entrada de la histórica ciudad, sin que fuese posible moverla hasta que acudieron unas piadosas monjas que, sin dificultad alguna, la condujeron al sitio donde se alzó el actual templo que la posee. Es imagen devotísima en toda la tierra catalana.



16. - BALAGUER. - Santuario del Santo Cristo

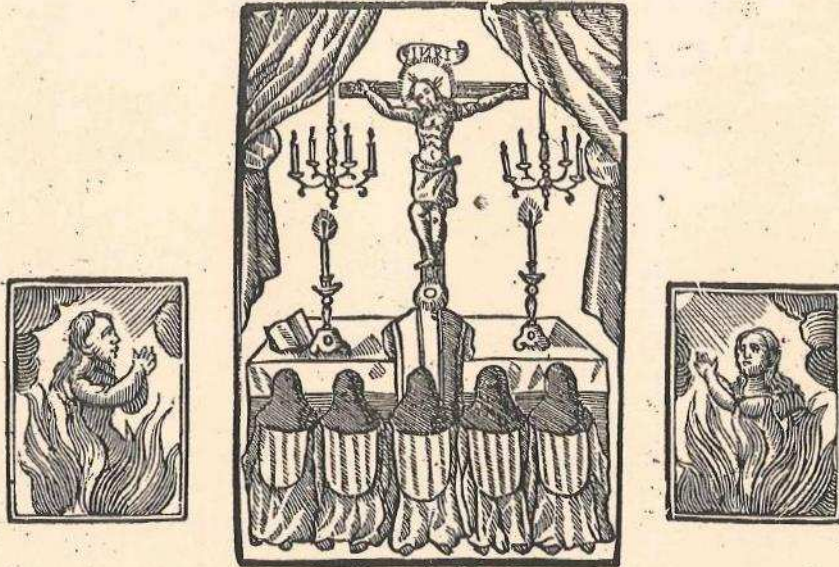
L. Holska, fot. Barcelona

En aguas del litoral mediterráneo famoso es también el *Santo Cristo del Mar de Benicarló*. Asegura la tradición oral que en el año 1650 arribó a la playa de Benicarló un pequeño falucho, del que César Cataldo, cristiano preso por los musulmanes durante mucho tiempo en Túnez, desembarcó con la imagen de Cristo. Las gentes tomaron el hecho por un prodigio, y mucho más cuando la imagen de Jesús obró el milagro de salvar a la localidad de una terrible peste.



Una variante de la historia del Cristo de Nicodemo se cuenta en Valencia. Cuando en el año 1250 entraron los musulmanes en Beirut, fueron los cristianos los que arrojaron la Cruz a la mar para intentar salvarla. Entonces la Santa Imagen llegó hasta el río Turia, y remontando la corriente las gentes de la zona la encontraron con dos faroles en las manos.. Rescatado, el Cristo se colocó en la ermita de San Jaime, una pequeña mezquita que se estaba consagrando al culto cristiano. Esta es la narración popular del origen del *Santo Cristo del Salvador de Valencia*. Historia que tampoco acaba ahí: el Obispo, no contento con aquel primer emplazamiento, acabó llevando la imagen a la catedral. Pero al día siguiente del traslado volvió a aparecer dentro de la primitiva ermita. Volvió a intentarlo el prelado varias veces más, y volvió el Cristo a San Jaime. Hasta que definitivamente quedó, como hasta hoy, en la antigua mezquita en la actualidad denominada iglesia del Salvador.

GOZOS A LA MILAGROSA IMAGEN DEL SS.MO CHRISTO DE SAN SALVADOR



Pues nuestra salud, Señor,
en vuestro nóbre resuena,
salvadnos à culpa, y pena,
pues fois nuestro Salvador.

En la Cruz por nuestro bien
fuissteis Salvador de todos,
y lo fois de muchos modos
en vuestra Imagen tambien:
En ella, y en vos se ven
nuestra dicha, y vuestro amor:
Salvadnos, &c.

A esta Ciudad, cuyo afan
es en avenidas grave
aportaste como Nave,
que de lexos trae el Pan:
A ser de yerros imàn
veniste del pecador:
Salvadnos, &c.

En ocasion que inundava
casi à la Ciudad el Rio,
vuestra Cruz como Navio,
fobre las aguas surcava:
Paróse el Rio, y se entrava
por las puertas con rigor:
Salvadnos, &c.

Entes muchos q̄ os vieron
en el Rio se arrojaron,
y como de vos fieron
facandoos à Vos salieron,
y las aguas depusieron

al momento su temor:
Salvadnos, &c.

Valencia con el tesoro,
de Imagen tan peregrina,
con todo el Clero camina,
à la Seo por mas decoro,
en ella entre telas de oro,
posada os diò su fervor:
Salvadnos, &c.

Pero la noche siguiente
los Angeles os traxeron,
y en este Templo os pusieron
pobre, mas decentemente:
Vuestra ausencia amargamēte
llorò la Iglesia Mayor:
Salvadnos, &c.

Turbóse toda Valencia;
pero como aqui os hallò,
con mayor culto bolvió
à la Seo vuestra presencia:
pero vuestra providencia
aqui repitiò el favor:
Salvadnos, &c.

Viendo vuestra voluntad
este que en aquella Era,
Templo de San Jorge era,
os dedicò la Ciudad,
y por mas solemnidad,
en Parroquia à vuestro honor:
Salvadnos, &c.

Aqui, pues, siēpre admirable
vuestra Divina Figura
con asseada hermosura
se obstenta mas venerable:
Es à todos tan amable,
que amor influye, y dolor:
Salvadnos, &c.

Entre los tendidos brazos
el Rostro tanto inclinaiis,
que parece que llamais,
à vuestros dulces abrazos:
O Divinos de amor lazos,
romped los de nuestro error:
Salvadnos, &c.

Al que pone en vos la mira,
con piedad, y devocion,
moveis mas su corazon,
quanto mas atento os mira,
mirandoos à vos respira,
y se atrepiente mejor:
Salvadnos, &c.

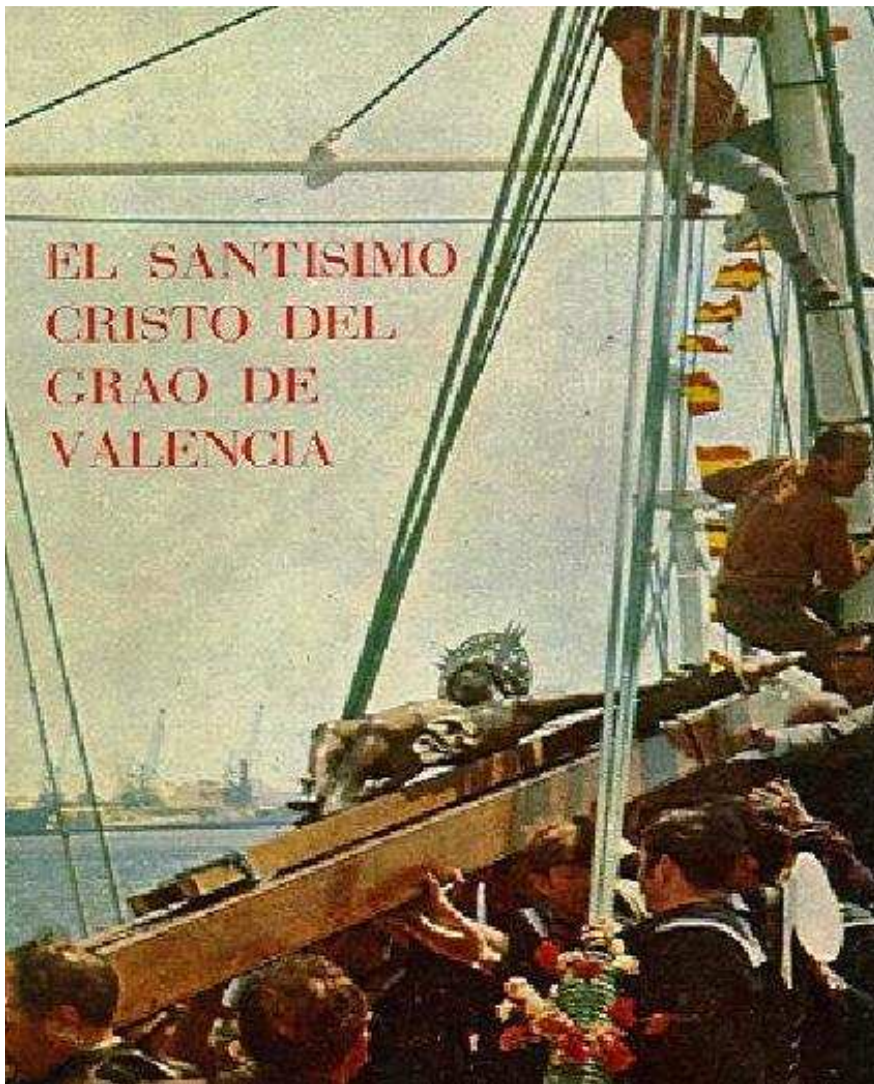
En vuestra Imagen Divina,
fois de todo salvacion,
al pecador dais perdon,
y al enfermo medicina:
Y à la lluvia se combida,
en la sequedad mayor:
Salvadnos, &c.

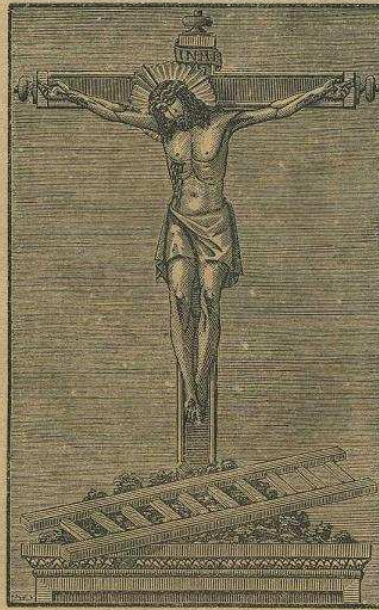
Pues nuestra salud, Señor,
en vuestro nóbre resuena &c.

V. Adoramus te Christe, & benedicimus tibi. ORATIO. R. Quia per Sanctam Crucem redimisti &c.

R Espice quam sumus Domine super hanc familiam tuam pro qua Dominus N. Jesus Christus
non dubitavit manibus tradi nocentium, & Crucis subire tormentum. Qui vivis &c.

En el mismo puerto de Valencia los vecinos del Grao y Russafa veneran otro Cristo navegante: el *Santísimo Cristo del Grao* o popularmente El *Negret*. Hace ya seis siglos, mantiene la tradición, desde una torre de vigilancia del Grao se divisó en la embocadura del río Turia un cuerpo que flotaba. Entonces las gentes del Russafa y del Grao, al acercarse a la orilla, descubrieron que era una imagen de un Cristo crucificado sobre una escalera con 33 peldaños. Discutieron ambos barrios sobre cómo sacar al Cristo, y al final optaron por utilizar unos ganchos; pero pensando que no era una forma muy respetuosa de hacerlo, volvieron a lanzar la imagen al gua. Entonces el Cristo volvió a aparecer, dirigiéndose hacia el lugar en que hoy se venera. El relato se completa con la acusación al judeoconverso Mosen Ben Abides: tenía éste la talla para aparentar su fe cristiana, pero como en realidad seguía siendo judío practicante, en cuanto pudo se deshizo de la imagen lanzándola a la mar.





GOZOS AL SANTÍSIMO CRISTO DEL GRAO.

Sois nuevo Tesoro hallado.
Joya en el Grao venerada:
Divina Imágen Sagrada
De Cristo Crucificado.

De Lérida en la Ciudad,
Moisés, judío, se atreve,
Sacrillegamente alevé,
A ofender vuestra Deidad:
Los Viernes fuiste azotado
Por su infiel mano malvada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Porque no se descubriera
Su judaico desvario,
Os arrojó dentro el río
Con alevosía fiera:
De su corriente llevado
Fuiste al mar nave envelada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Surcando por sus cristales
De las olas la gran furia,
Puerto tomásteis del Turia
En los primeros umbrales:
Bagel de velas hinchado
Pareciendo, ó nave armada;
Divina Imágen sagrada, etc.

El trono de vuestra hechura
Una larga escala es,
De escalones treinta y tres,
Sin clavos ni ligadura:

De portento tan sagrado
Quedó la gente admirada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Cuando en Ruzafa supieron
Que entraste en la Villa Nueva
(Que ahora es el Grao), con la nueva
Luego a sitiarla vinieron:
Cada cual muy bien armado
Con arco, flechas y espada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Para aplacar el furor,
Y ajustar la competencia,
Vinieron desde Valencia
Obispo y Gobernador;
Habiéndoles revelado
Dios vuestra feliz llegada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Llegaron á concordar
El Obispo y las dos Villas,
Que dentro del mar tres millas,
Cruz y Escala se han de echar:
Y habiéndolo ejecutado
En el Grao tomáis posada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Esto vino á suceder
Viviendo el portento humano
Del Apóstol valenciano
Nuestro Vicente Ferrer:
Quien habiendo predicado

Dejó la gente pasmada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Con lucida procesion,
Y celo en que el pueblo ardia,
De vuestra Madre MARIA
Os llevan á la mansion:
A donde sois venerado
De la gente alborozada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Lérida quiso despues
(De tanta gloria envidiosa)
Tener la joya preciosa,
Que del Grao el lustre es:
Y el Papa bien informado
Dejó al Grao su prenda amada;
Divina Imágen sagrada, etc.

Seria nunca acabar
El numerar los portentos
Que obráis en los elementos
Que obráis en los elementos
De aire, tierra, fuego y mar:
Dígallo el templo adornado
De tanta tabla colgada;
Divina Imágen sagrada, etc.

TORNADA.

Sois con devoto cuidado
De los del Grao venerada;
Divina Imágen sagrada,
de Cristo Crucificado.

ñ. *Adoramus te Christe, et benedicimus tibi.*

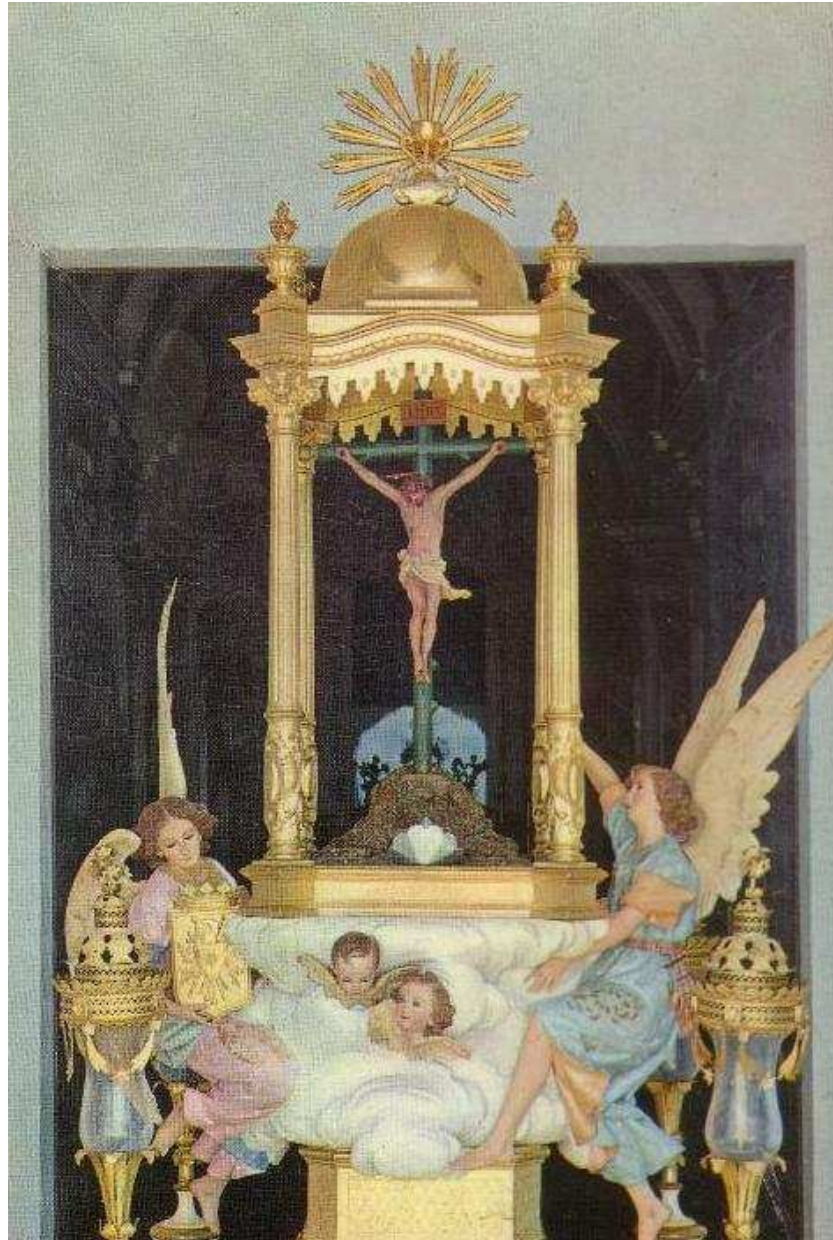
ñ. *Quia per Crucem tuam redemisti mundum.*

OREMUS

Respice quæsumus Domine, super hanc familiam tuam, pro qua Dominus noster Jesus Christus non dubitavit manibus tradi nocentium, et Crucis subire tormentum. Qui tecum vivit, et regnat in sæcula sæculorum. ñ. Amen.

Valencia: Imp. de S. Amargós.

Al mediar el siglo XVIII, un clérigo, don Vicente Mulet, paseaba por la playa de Denia cuando vio una serie de llamativas luces sobre el agua. Se acercó, y entonces comprobó cómo flotaba en la mar una pequeña imagen de Cristo en la Cruz. El religioso llevó hasta su pueblo natal, Gata de Gorgos, la imagen y allí, con la ayuda de los vecinos, erigió una ermita en la que descansó el *Santo Cristo del Calvario*. Desde entonces no ha cesado de crecer la veneración y la fama de milagroso del Cristo.



En el pesquero barrio alicantino de Raval Roig se venera desde hace cinco siglos al *Cristo de El Morenet*. Según la tradición de los pescadores de Alicante, la imagen de tez morena y gran tamaño apareció en las aguas de la playa del Postiguet.



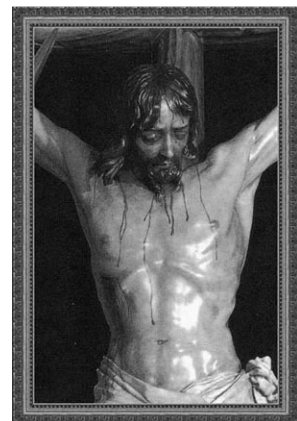
(Fotografía Laverdad.es).

Fama, especialmente en las procesiones de Semana Santa, tiene en Cartagena el *Cristo del Socorro* o *Cristo Moreno*. La imagen del Crucificado se aloja en la catedral, y allí cuentan sus cofrades estas bonitas historias: para unos la talla llegó a la costa cartagenera flotando en las aguas, según otros se encontró en la bodega de un barco abandonado y a la deriva; pero para todos el Cristo fue esculpido directamente por los Ángeles.



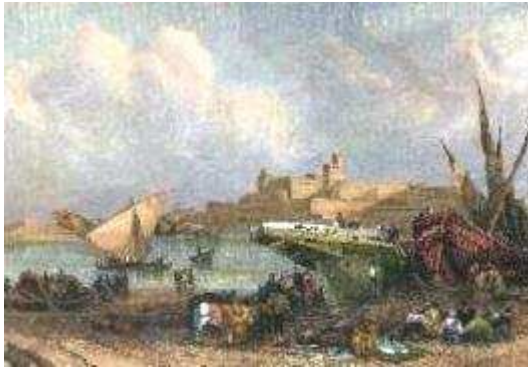


Marinero, muy marinero, es el malagueño *Cristo de la Sangre*. Faenaban unos humildes pescadores a bordo de una jábega, cuando una repentina y fuerte borrasca puso en serio peligro sus vidas y barco. Después de horas de lucha, los marineros ya sólo rezaban y esperaban una muerte irremediable. De repente, entre los nubarrones apareció un fuerte rayo de sol, y una intensa y especial luminosidad se proyectaba sobre las aguas. Allí, justo en el lugar apuntado por el rayo estaba un Cristo crucificado flotando. Con mucho esfuerzo, la jábega dirigió el rumbo hacia aquellas aguas, y a medida que iba acercándose la tempestad iba disminuyendo hasta cesar completamente. Con gran piedad, recogimiento y profunda gratitud, los pescadores izaron la imagen a la embarcación, y entonces vieron cómo brotaba sangre de la llaga del costado del Santo Cristo.



En aguas gaditanas, en Tarifa sale en Semana Santa la venerada imagen del *El Cristo del Consuelo*. Cuenta la leyenda que en el siglo XVI la imagen surgió flotando en la mar, y que fue recogida por una yunta de bueyes que, sin ser guiada por nadie, llevó al Cristo hasta el convento de los Trinitarios.

Las cofradías de la Vera-Cruz de Cádiz, Puerto Real, Chiclana y Puerto de Santa María tienen todas un Cristo con similar o parecida narración.



En aguas atlánticas, pero ya mucho más al norte, en el importantísimo puerto pesquero de Vigo se guarda la imagen conocida como *Cristo de la Victoria*. Durante siglos más venerada como *Cristo de la Sal*. Dice la leyenda que el Cristo apareció flotando en la entrada de la ría de Vigo, en las cercanías de las islas Cíes, y que fue recogido por una embarcación dedicada al transporte de sal. Por un hecho tomado por milagroso cambió de nombre: en el año 1809 los vigueses lograron evitar la invasión de las tropas napoleónicas gracias a la intersección del Cristo. Desde entonces, el Cristo de la Victoria comenzó a recibir todos los años, en el primer domingo de agosto, el tributo de los habitantes de aquella ciudad gallega en forma de multitudinaria procesión.



MUNDO GRÁFICO

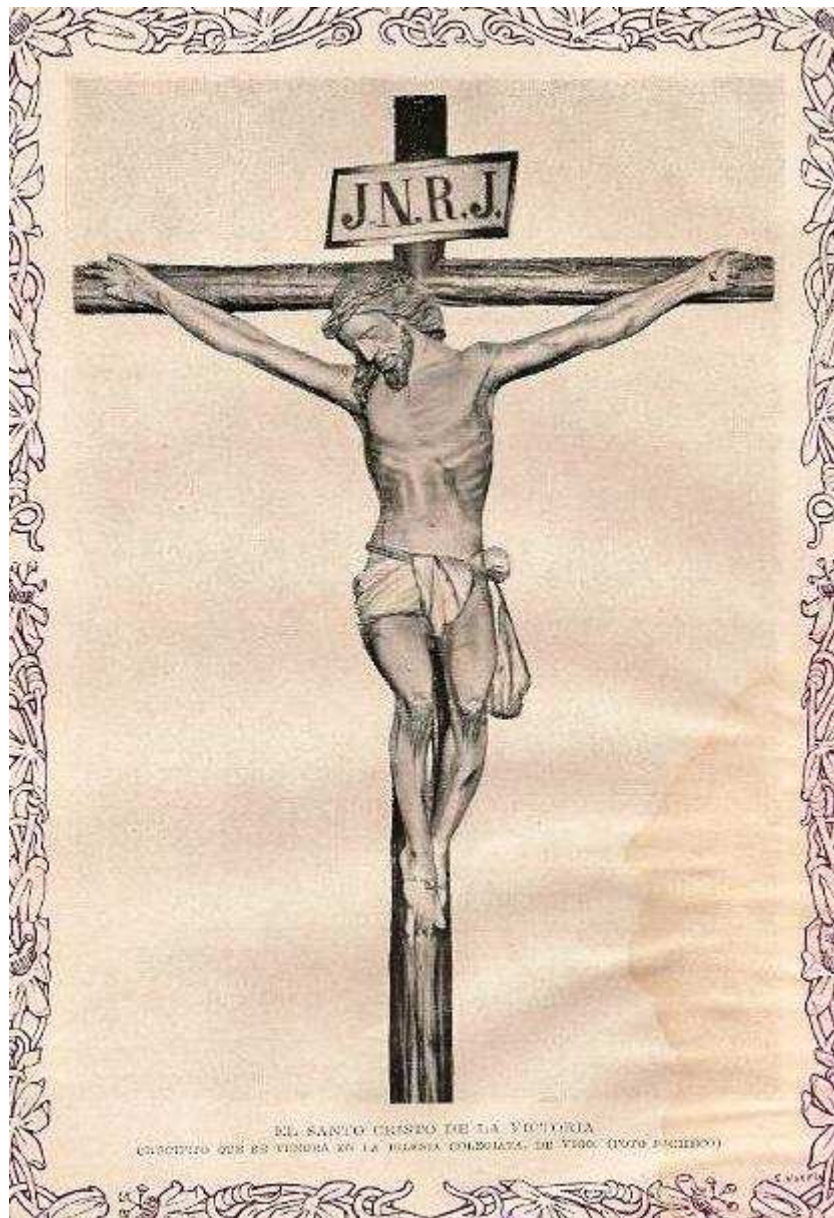
LAS FIESTAS DE VIGO



La procesión del Santísimo Cristo de la Victoria, que recorrió las calles de Vigo



Vigo.—La procesión del Santo Cristo de la Victoria desfilando por las calles de la ciudad con su imponente cortejo de fieles
Fot. Pablico



El *Santo Cristo de Finisterre* goza también en la comarca gallega de Fisterra de fama de gran obrador de milagros. La imagen, con más de dos metros de altura y clavada en la cruz, es una talla de estilo gótico que representa a Jesús inmediatamente después de su muerte. Dice la tradición que es obra Nicodemo, antiguo fariseo y convertido en ferviente discípulo del Mesías, a quien se atribuye la talla de la primera escultura del Crucificado. Cuentan las historias gallegas que cuando viajaba una barco inglés (según otros holandeses) cerca de Finisterre se desencadenó una tremenda tormenta. En gran apuro, para aligerar peso, los marineros echaron al agua la mayor parte de la carga, y entre los objetos tirados iba una imagen de Cristo.. A caer la talla al agua cesó la tempestad al instante.

Aquel milagro, interpretado como señal de que el Cristo quería quedarse para siempre en Fisterra, se completó con la suave arribada de la estatua (para algunos encerrado en un gran

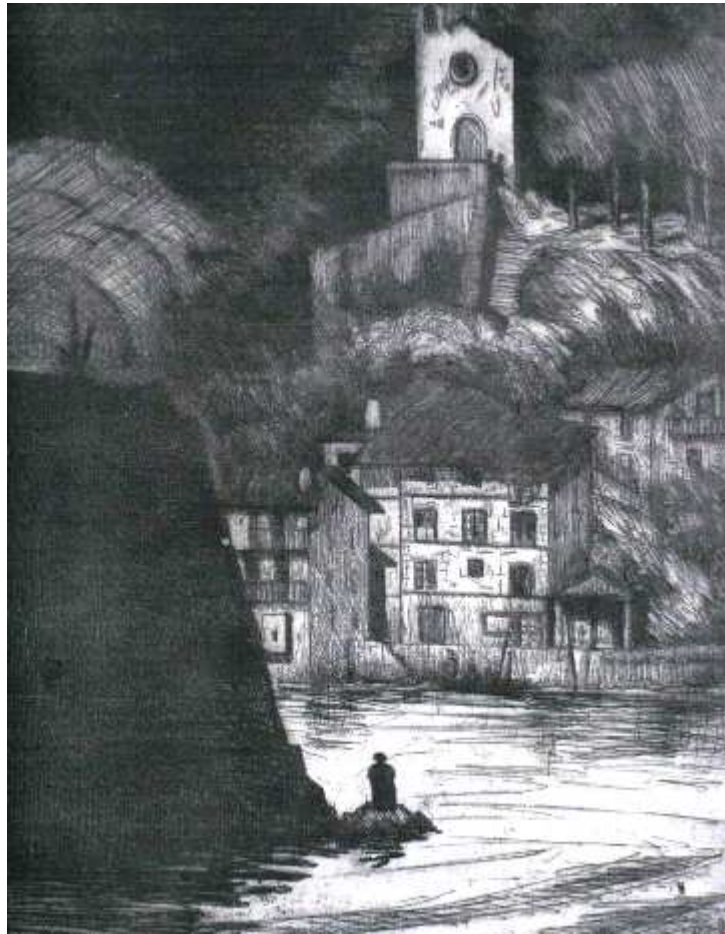
arcón) hasta la playa de Cabanas en los pies del cabo Finisterre. El Cristo, de gran minuciosidad anatómica, está dotado de una larga melena, pestañas y uñas, todas naturales. Tal es el realismo de la figura que los lugareños hablan en el día de su gran romería de que a la imagen le crece la barba y las uñas.



Corría, al parecer, el siglo XVII cuando los pescadores de Pasaia Donibane encontraron flotando un Cristo crucificado. Hablamos del vasco **Santo Cristo de Bonanza** venerado en la localidad guipuzcoana de Pasajes de San Juan. Tanto fue el impacto del hallazgo, que cuando los pecadores volvieron de sus playones decidieron cambiar la advocación de su parroquia: el antiguo templo de San Juan de la Ribera pasó a denominarse Santo Cristo de Bonanza.

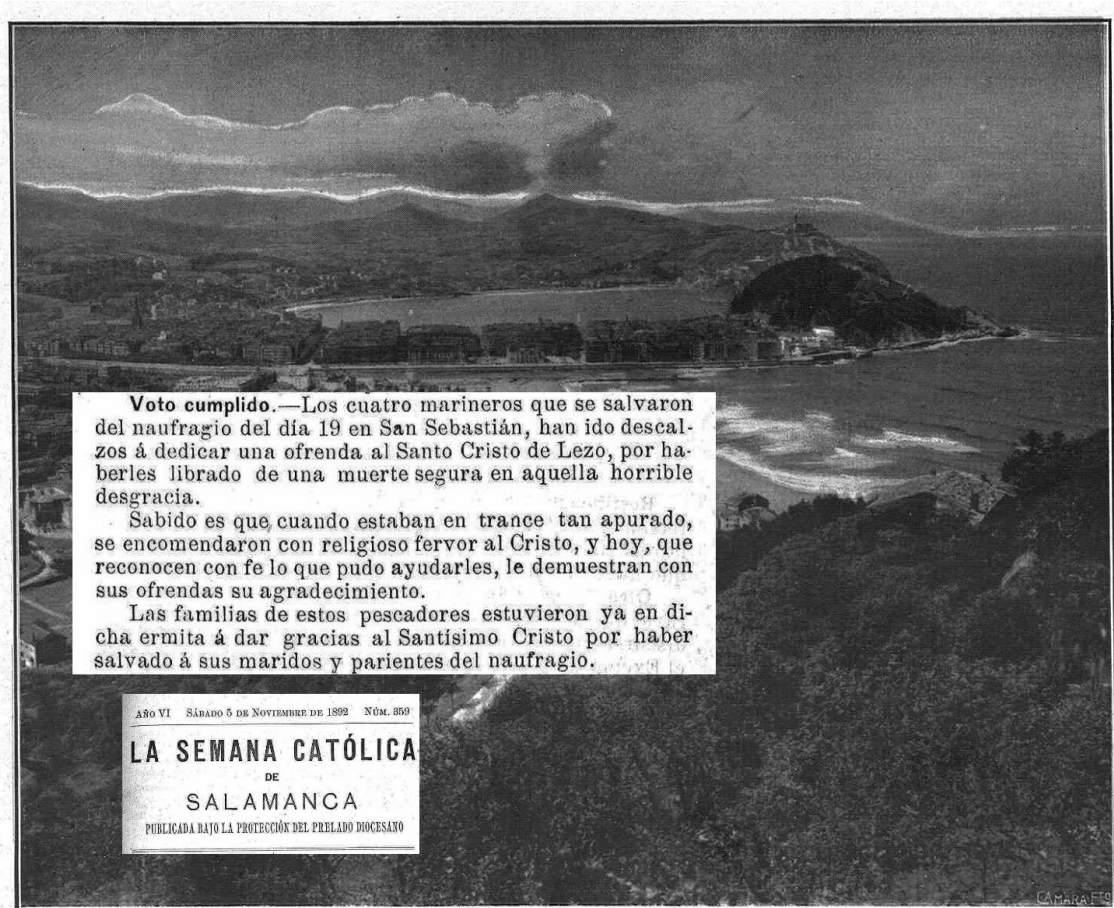
El Cristo que velaba por la “bonanza” de la mar pasó a ser cuidado por todos los marineros de Pasaia. Cuando los arrantzales volvían de la costera del besugo hacían siempre ofrendas para el sostenimiento de la parroquia. Siempre que marineros y barcos salían a la mar invocaban la protección del milagroso Cristo encontrado en el agua.





Un pintoresco aspecto de la barriada de pescadores de Pasajes, visto desde el puerto

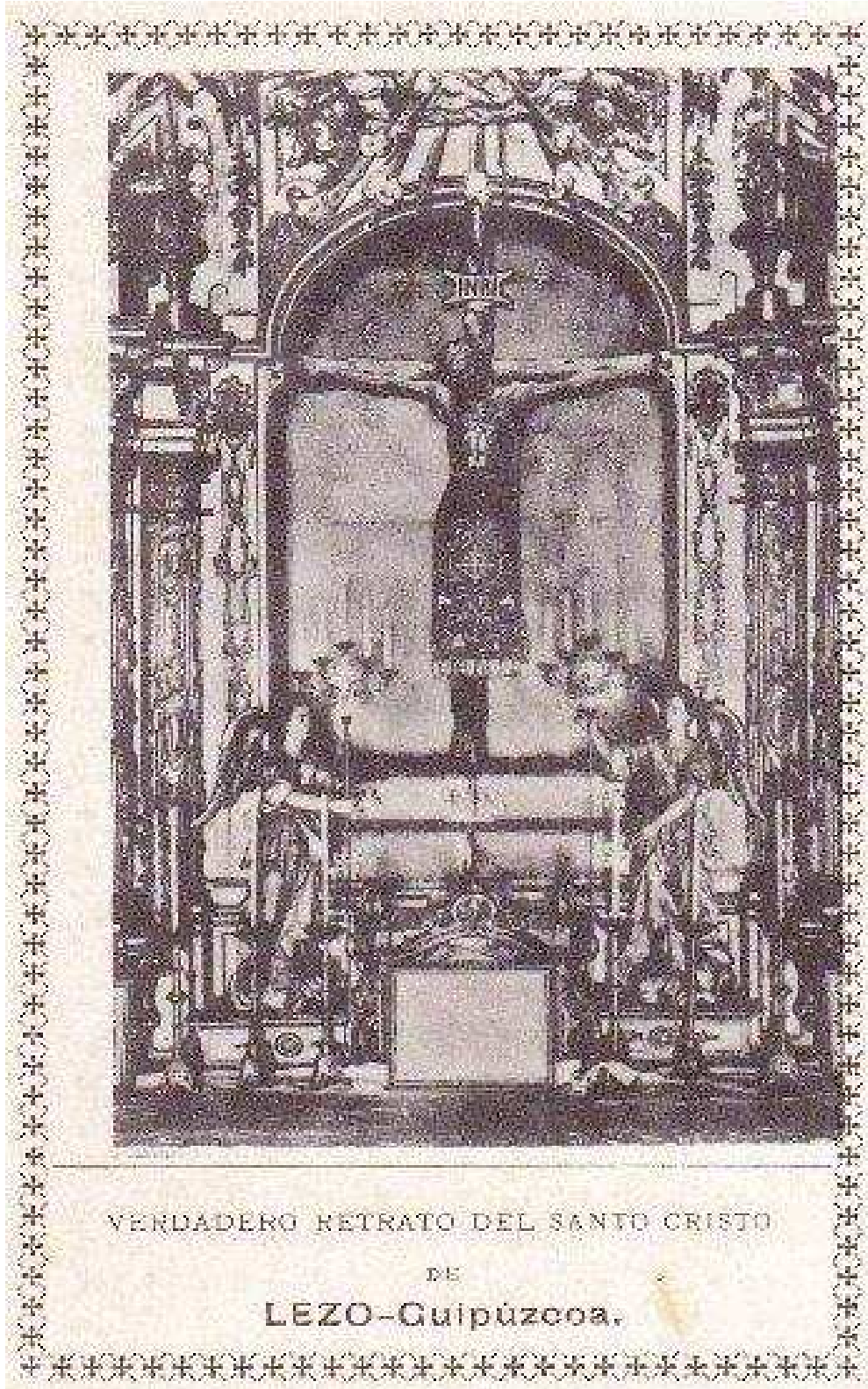
Muy cerca de Pasajes, en Lezo se encuentra la iglesia de Santo Domingo, donde se guarda un Cristo en la Cruz muy venerado en toda Guipúzcoa y en muchos puertos del Cantábrico. Este Crucificado, una singular talla bizantina del siglo X, es el famosísimo entre los vascos *Santo Cristo de Lezo*. Sobre su tradición, una conocida revista decía en el año 1918: “Sobre el origen de la milagrosa imagen hay diversas versiones, algunas con desconocimiento absoluto de la historia sagrada y de la profana. La más verídica parece ser esta: que una joven vio flotar un bulto en la bahía; su curiosidad la hizo bajar a la playa con algunos vecinos, y recogido aquél resultó ser un arcón que guardaba la imagen de talla y bastante negruzca. Por lo visto debió estar mucho tiempo en el agua; posiblemente fue consecuencia de algún naufragio, y luego la pleamar le condujo a la bahía”³.



De una pequeña ermita, el templo que alberga al Santo Cristo de Lezo se convirtió en una muy visitada basílica. Desde el siglo XVI la devoción a la imagen no paró de extenderse por todo el País Vasco, pero muy especialmente entre los gremios de mareantes. La gran

³ La Esfera, 17 de agosto de 1918, número 242, Un Santuario Histórico, Lezo.

cantidad de ofrendas y exvotos del templo atestiguan el socorro que allí buscaban los navegantes.



LA ESFERA

UN SANTUARIO
 :: HISTÓRICO :: **LEZO**



El Santo Cristo de Lezo, que se venera en el santuario de su nombre

Por su antigüedad y por su historia, guardo á las encantadoras provincias de Guipúzcoa y Asturias un profundo afecto. Al describir Guipúzcoa, sería ingrato si no comenzara por ese rincón donostiarrá, amor de los vascos, donde se alberga el milagroso Santo Cristo de Lezo, en su pequeña ermita, aunque su ambiente se haya extendido hasta lejanas tierras por los navegantes que en sus pechos llevaban la fe y el nombre del Santo Cristo. Lezo, con título de Universidad, cuenta un reducido número de casas; se halla separado del mar por el monte Jaizquibel, y forma parte de la gran bahía de Pasajes que le baña con sus aguas como el río de su nombre.

Su nombre es debido á su fundador, el valeroso capitán y caudillo D. Guillermo Leizón, por servicios prestados á la corona de Castilla; el rey Alfonso VIII, por privilegios del año 1203, le otorgó terrenos de Fuenterrabía, estableciendo, en el pequeño montículo del valle, su casa (1) solariega y fortaleza, dominando los caminos de los antiguos reinos de Navarra y Francia.

Las comunicaciones son varias: con San Sebastián é Irún por la

(1) Ha sido cuatro veces reconstruida; aun se la conoce por la casa de Lezo-Aundi: El Lezo grande.

carretera general, por la que circula el tranvía de Rentería. En éste bifúrcase una carretera junto al río Oyarzun, que se cruza por un puente, cuya carretera es de un kilómetro; su mayor parte paralela á la vía del Norte; en la mitad del trayecto, se halla la estación de Lezo-Rentería, y todo el trazado va por entre casas; el restaurant «Panier-Fleuri», fábricas la Papelera, Oliyot, Alcoholera, hoteles y la Paker, atravesando la vía por un puente, continuando el camino hasta la plaza del pueblo, donde están el santuario y el Ayuntamiento; como prolongación de esta carretera, pasando por delante del santuario, la que va á Pasajes de San Juan, bordeando las márgenes de la bahía, y atravesando en botes la estrecha entrada de ésta, se llega á Pasajes de San Pedro, de donde parte una carretera de siete kilómetros que conduce á San Sebastián. Comunicase también con Irún, desde la misma plaza, por el llamado camino viejo; va un corto trecho entre casas y las tapias de la solariega de los Lezos y fábrica de barnices de Guittet, prosiguiendo el camino, por la falda de Jaizquibel, hasta Irún; en su trayecto de nueve kilómetros parten veredas para subir al monte. Los naturales del país acortan el camino yendo en el tranvía de Rentería hasta el alto de Capuchinos; otra comunicación es el ferrocarril del Norte y también lo es el eléctrico de San Sebastián á Hendaya (hasta Rentería) llamado el «stop» por su trazado, que casi todo él es subterráneo y nada tiene que envidiar á los del Extranjero, por su buena marcha, servicios y carruajes. La situación del pueblo es muy bella; rodeado de alturas,



La plaza de Lezo y la basilica del Santo Cristo, con público esperando la llegada de una peregrinación

LA ESFERA

SANTUARIOS ESPAÑOLES
EL SANTO CRISTO DE LEZO



“La procesión del Corpus in Lezo”.—Cuadro de Salaverría

En los días de mayor afluencia de público, San Sebastián se despuebla por las tardes. Es un deseo de expansión muy lógico, un desquite necesario para compensar el hacinamiento de veraneantes en la hermosa ciudad donostiarra. Hemos contemplado el mar bajo un doblado atestado de gente. Damos ya un par de vueltas por el bulevard al paso cansino a que nos obliga la enorme masa de forasteros que charlan con zumbido de colmena mientras la banda municipal toca. Tras la breve desbandada inevitable para comer, vuelve el enjambre a reunirse en la terraza de los cafés, donde se comentan las noticias del día y se forman los planes para la noche.

Después del café, se abre el paréntesis de calma. Desparáramos la multitud en busca de alguna distracción extramuros. Y unos suben a Igeldo ó a Ullia, mientras otros se dirigen a Martutene, ó se refugian en la nostálgica soledad de Hernani ó del valle de Loyola...

Pongamos que hoy hemos ido á Rentería. Las clásicas patatas fritas de Rentería hacen una enérgica llamada á nuestro deseo de merendar

gratamente, y hay que satisfacer esta imperiosa exigencia de nuestro sibirismo. Porque es de advertir que la vida del veraneante en la bella Easo, se reduce á una no interrumpida degustación. Apenas ingerido el desayuno, hemos de tomar barquillos, perches y cámbaros en la playa. El vermut se impone luego, para llegar con excelente disposición á la hora del almuerzo, al que sigue el café, y á poco, la merienda, que casi se empalma con la comida; y al salir del teatro ó del casino, nadie prescindir del inevitable piscobalabís...

Estábamos caminando hacia Rentería. Hace calor, y el fresquecillo del tranvía en marcha nos produce una sensación de optimismo inenarrable. Marchamos hacia las patatas fritas con el entusiasmo del héroe que va camino de la gloria. Al bordear la anchurosa bahía de Pasajes, señalamos en lontananza la sombría casona que albergó á Victor Hugo durante una de sus épocas de destierro. Y el optimismo de que estamos henchidos, no nos impide reconocer que el creador de Juan Valjean debió aburrirse de un modo lastimoso en aquel lugar, lejos de todo, á solas con su genio formidable. A no ser que le sedujesen los hechizos de alguna batelera...

¿Quién no ha oído hablar de las bateleras de Pasajes? Cuéntase que Felipe IV las vió en una de sus excursiones, y prendado de ellas y de la habilidad con que manejaban los frágiles esquifes, trajo á Madrid unas cuantas, que lucieron su destreza en el estanque del Retiro, y quedaron al servicio de las góndolas reales. Yo recuerdo haber visto, años ha, varios ejemplares de este tipo, hoy extinguido, de las bateleras de Pasajes. Y, con perdón del penúltimo de los Austrias, á quien siempre tuve por excelente catador de encantos femeniles, es lo cierto que no se me alcanza el fundamento de sus entusiasmos. Las bateleras que yo ví, eran rechonchas, desdentadas y viejas. Tan viejas, que acaso fuesen las mismas que tanto agradaron al rey galante, á mediados del siglo xvii. En Dios y en mi ánimo, juro que jamás se me hubiese ocurrido la idea de traerlas á Madrid.

Ya llegamos á Rentería. ¡Oh, encanto singular de las patatas fritas, rociadas con sidra espumante! Y he aquí que, en menos que lo pensamos, la sabrosa pifianza desaparece. «¡Cuán presto se va el placer!»—que dijo el bueno de Jorge Manrique. Aún es temprano para regresar. Alguien propone:

—¿Por qué no vamos á Lezo?
En marcha, pues. La tarde declina; el calor ha decaído y la brisa del mar viene, piadosa, á orearnos. La carretera, lisa y bien cuidada, invita al paseo. La distancia, además, es efímera. Pronto llegamos á Lezo, pintorescamente situada al pie del monte Jaizquivel. Las casas de sus tres únicas calles, son de piedra, y en las fachadas de casi todas hay escudos nobiliarios escul-

pidos, que datan de épocas remotas. En un altozano, como atalaya de la fe, la parroquia de San Juan Bautista destaca su negruzca mole.

Lo interesante en Lezo es la basílica del Santo Cristo, fundada por San León, Obispo de Bayona.

El templo actual, del siglo xvii, es de piedra sillar, de humilde traza, sin pretensiones artísticas ni alardes arquitectónicos. La devoción que la imagen inspira, es muy grande, y se revela en el crecido número de fieles que acuden á celebrar su romería. Aún cantan las jóvenes comarcanas la vieja copla:

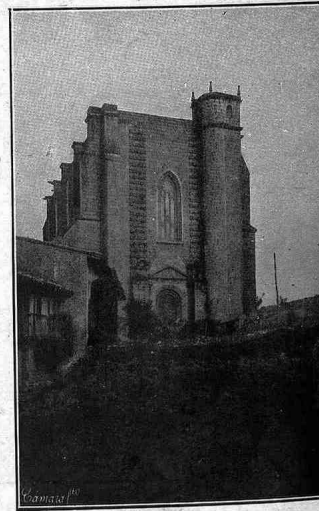
Santo Cristo de Lezo,
tres cosas pido:
salud, mucho dinero
y un buen marido.

Conque ya lo sabéis, niñas gentiles que veraneáis en la hermosa ciudad donostiarra. Ningún trabajo os cuesta, después de haber merendado en Rentería, subir á Lezo, para rezar un credo al Cristo... y cantarle la copla... Por si acaso...

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA



Basílica del Santo Cristo de Lezo



La Iglesia parroquial de Lezo

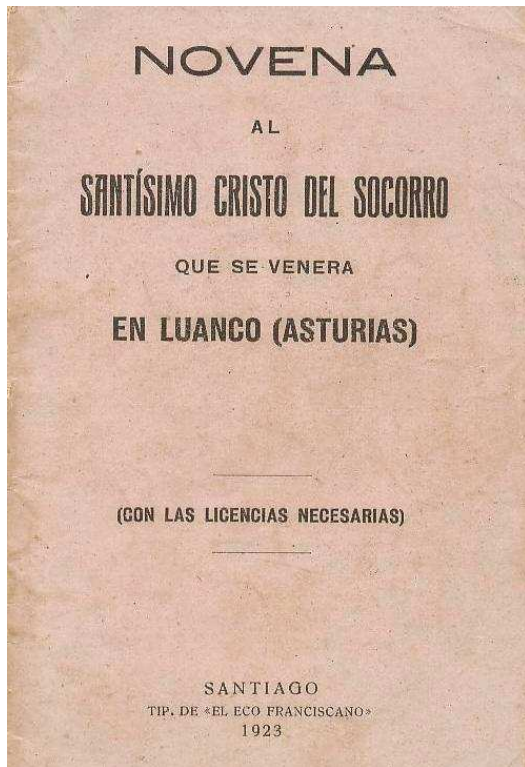


La carretera de Rentería á Lezo, en un día de peregrinación



Basilica del Santo Cristo de Lezo

Gran predicamento tiene también entre las gentes de la mar de Asturias el Cristo Crucificado. En Luanco todos los años tiene lugar la multitudinaria procesión del *Cristo del Socorro*. Es el recuerdo del milagro hecho por el Cristo marinerero el 5 de febrero de 1776: por su mediación se salvaron de una furiosa galerna todas las lanchas que andaban en la peligrosa pesca de los besugos.



Todavía mucho más venerada y de devoción extendida es la imagen del *Cristo de Candás*. Así describe la tradición un articulista en el año 1877: “Abriga el pueblo de Candás y adoran sus hijos una antiquísima imagen llamada el Cristo de Candás. Dice la tradición que fue encontrada por los hijos del pueblo, cuando salían a la pesca de la ballena, en las costas bravas de los mares del Norte, y en la época de las guerras y persecuciones de los ingleses contra las imágenes. Y dice la tradición que al cogerla flotando traía en el madero de la cruz un rótulo que decía: “para mis amados hijos de Candás”.

La imagen de Jesucristo en la cruz debe ser antiquísima; es de madera ya bastante carcomida por el tiempo. La faz del Señor infunde una veneración y un respeto profundo por su color, sus rasgos y su inclinación de cabeza. Es una y quizá la principal imagen de renombrada veneración en toda la provincia. A ella acuden de todos los extremos en peregrinación; suben de rodillas al camarín donde se adora; depositan en las galerías laterales sus retratos, como exvoto, confundándose con la multitud que cubren las paredes, y dejan depositada su ofrenda para el culto de Santísimo Cristo. La peregrinación de

romeros a este santuario empieza en la primavera y termina en el otoño. El día en que celebra la iglesia su festividad (14 de septiembre) le visitan millares de personas de todas clases. Tiene por él la provincia una devoción extraordinaria y general. Los cepos del santuario rinden todos los años buenas sumas que se dedican a la celebración de misas y al culto.

Los hijos de Candás le invocan siempre en sus peligros marítimos, y cuando vuelven al puerto salvos, rendidos y ateridos, luego que dejan sus lanchas, suben todos los marineros a la iglesia, se postran ante la imagen, y oran fervientemente en acción de gracias.

Por los inviernos ocurren muchos de esos edificantes cuadros, que vienen a ser otras tantas vidas arrancadas a los elementos⁴.

Reconstruido sobre una montaña cortada perpendicularmente, y casi en forma de anfiteatro, Candás, visto desde el mar, más que un pueblo, parece un balcón construido para contemplar sin obstáculo el embravecido Cantábrico.

En la parte más alta de la villa se encuentra la antigua iglesia, donde desde el siglo XV se venera el famosísimo *cristo de Candás*, cuya verdadera fotografía reproducimos.

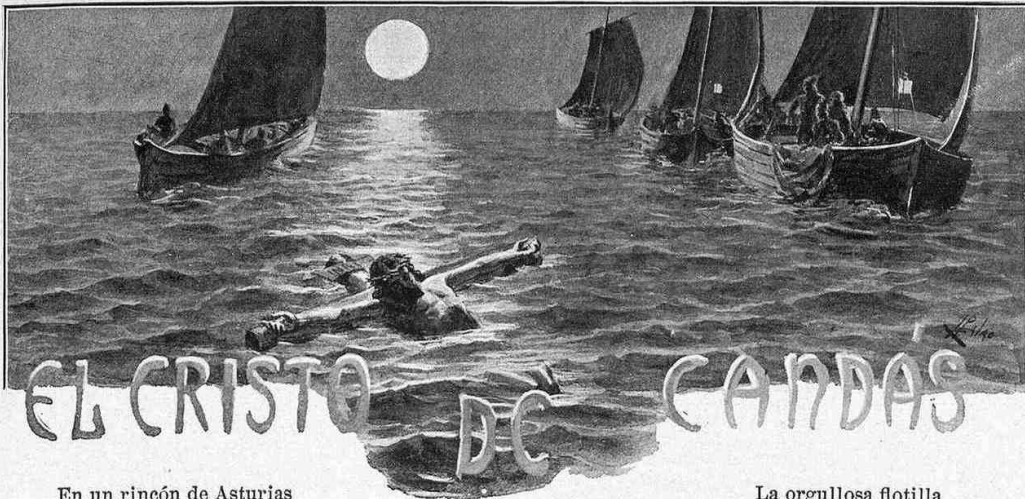
Antiguamente los marineros de Gijón y de Candás se dedicaban a la pesca de la ballena por los mares de Inglaterra. Hallándose en estas faenas sobre las costas de Irlanda, y en tiempos en que el rey inglés Enrique VIII perseguía a los católicos y destruía iglesias, finágonos y monasterios, nuestros pescadores hallaron flotando sobre las aguas el hoy tan venerado *cristo*, y se apresuraron a traerlo a estas costas.

Cuenta la tradición, ó la leyenda transmitida de padres á hijos, que duró tres años la lucha que candasinos y gijoneses sostuvieron sobre la posesión del *cristo*; pero al fin vencieron los primeros y se convencieron los segundos, y desde entonces de toda la provincia, de toda España y de la América española vienen á Candás peregrinos ó se envían exvotos cumpliendo promesas hechas al *cristo*.

Las habitaciones inmediatas á la donde se halla el *cristo de Candás* están convertidas en un verdadero museo de ofrendas. Miles de cuadros y de fotografías de fieles favorecidos por el Santo cubren aquellas paredes, faltas ya de sitio para colocar más exvotos, por cuya causa las nuevas ofrendas suelen guardarse en viejos arcones, hasta que la acción del tiempo destruya las cartulinas y lienzos de las colgaduras.



⁴ La Iberia, 8 de agosto de 1877, número 6367.



En un rincón de Asturias
 Verde y frondoso;
 En una capillita
 Llena de flores,
 Guarda Candás el Cristo
 Más milagroso
 Que adoran navegantes
 Y pescadores.

**

Cuenta la imagen santa
 Siglos enteros;
 La encontraron las barcas
 Aventureras,
 Cuando, llenos de arrojo
 Los marineros,
 Iban al mar del Norte
 Las balleneras.

**

Sobre el blanco penacho
 Que el mar levanta;
 Rasgando de improviso
 La densa bruma,
 Surgió de entre las olas
 La imagen santa
 Con los brazos abiertos
 Sobre la espuma.

**

Huyendo los desmanes
 De la herejía,
 Sobre las olas vino
 Desde Inglaterra,
 Maltratándole menos
 La mar bravía
 Que el insulto grosero
 De inculta tierra.

De su altar le arrancaron
 El fanatismo
 Y los torpes secuaces
 De Enrique Octavo;
 Pero el Mártir flotaba
 Sobre el abismo,
 Y la Fe le sostuvo
 Sobre el mar bravo.

**

Á bordo el Crucifijo,
 Por almirante
 Llenos de fe le aclaman
 Sobre las olas,
 Y sin velas ni remos
 Desde ese instante
 Las barcas balleneras
 Navegan solas.

La orgullosa flotilla
 Tierra buscaba,
 Y premiar supo el cielo
 Sus aventuras.
 ¡El divino piloto
 Las gobernaba,
 Y las débiles naves
 Iban seguras.

**

Desde aquel día el pueblo
 Guarda orgulloso
 La imagen venerada
 De sus amores,
 Y Candás tiene el Cristo
 Más milagroso
 Que adoran navegantes
 Y pescadores.

**

Y siempre que en peligro
 Tienen la vida
 Y aguantan de las olas
 Los golpes fieros,
 Recordando la imagen
 Aparecida
 Así dicen llorando
 Los marineros:

**

«¡Refrena, Cristo mío,
 Las ondas bravas!
 ¡Disipa con tu mano
 La densa bruma!
 ¡Que no flote mi cuerpo
 Cual Tú flotabas
 Con los brazos abiertos
 Sobre la espuma!»



JOSÉ JACKSON VEYÁN.

20, Julio, 1904:



POR EL CRISTO DE CANDAS

NOVELA CORTA ORIGINAL DE LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

I

Olvidado e non quisiste facer casu que et houa ben gritaba... ¿abrílo yo?

—En tamén, ¡coime! Dormida parecía, ye verdaz; máis facéndome el sorcu, que la mar acaba, muyer, y el andar por ella estropia, y de vez en cuando bonu es no empapizarse de niebla y saltre, ¡probásteles! Vosotras sois así, nos pedis muercha y llega con rezar pol difunto ye bastante, ¡coime! ¿Quién me gana a querer a la mar si naci en ella y los meus brazos parte son de los remos? Que el home gritó, ¡bien lo sé! ¡E mala començon sentía atarullándome, ¡díaño! ¡Como que ya estou pesaroso pol mansio de sardinas que vi ayer acuchándome la gaviota! ¡Poco blanqueña en la mar! Mais... ¡ben sé, Pameutosa... non sé! Hoy—añadió acercándose al ventanuco y bufándose el rostro en livor de aurora como si el mar próximo le escupiera el desdén de la noche por su perezosa coharía—, hoy sentíme rezagón... ¡ye verdaz!...

Recorra con ansia el espectáculo de fuera, adviniéndose en sus ojos toda la poesía del océano.

—L'agua está mansuca, pero háy un recelo que me átosiga, muyer. Había de salir con Sotillo, el mal homa que me quitó la mio trainera con sus malas artes y su mal abogau, e como sé que Dios castiga e sé que lo fará, por habérmelo d'cliu la meiga gallega que vino de arribada hasta Cudilleros en l'último noroeste, ¡díaño!, non quito que en la hora del castigo y pol no verne Dios con la escuridaz de la noche, catárame con él en la mar.

—¿Qué burru eres! ¿Y el bolsu, Pedrín del diablo?

—¡Coime! ¡Bien cuajan está! ¡Ya dijístemela la otra nocht!

—Pero mientras más fátiga...

ocupaban la trainera sangrándose, reto el tormentón, descapillado el mástil, sin más timón que los dos remos, que se torcían en la furia de las corrientes?

—Sí, sí, que no la recordara aquello.

Abrió la ventanica y empezó a mirar.

—Pero la mar estaba bella y el mansio de la sardina es posible que hinchara a los otros... ¡Qué estupidez!... ¡Aunque fueran parrochias!

Pedrín no respondió. Dando un gruñido y encogándose de hombros, calzase rápidamente las botas de agua, requirió el sombrero de hule y se echó el chaquetón al hombro.

—¿Dónde vas, condenáu—dijo entonces, desahogada, la mujer.

—Pero... ¿quién vos entiende, coime? —gruñó el hombre, mordiendo la interjección.

En esto despertó la niña, angustiada, tendiendo convulsivamente los brazos.

—Padre, padre, no salgas a la mar... ¡He visto a Dios!

Monado fue el escalofrío que sacudió la espalda de Pedrín, mientras la Pameutosa rugía, abalanzándose hacia la niña.

—¡Válgame el Cristo, que se me muere mi cordera!

—¿Calla, muyer! ¿Qué ha de morirse nos? ¿Verdaz que non, hñuea?

Ajenas acertó a decirle: sus labios teclaban sin fuerza como los mactillos de un clave inútil; pero se repuso en seguida, viendo sonreír a la pequeña ya más tranquila.

—¿Que has visto a Dios, cordera, encéntrame mío?—repitió la madre con un ansia negra, interrogadora, en los ojos.

—¡Toma, toma yeche, angelco!—añadió Pedrín, volviéndose el sombrero sin saber lo que hacía, lo cual produjo una explosión de júbilo en la rapaza.

Aquello les tranquilizó.

—¡Yá nos, duermes, mío fia, duermes! —dijo la madre, ya en brusca transición de dureza, pues las mujeres son así.

El Cristo de los pescadores

En honor de un marino.

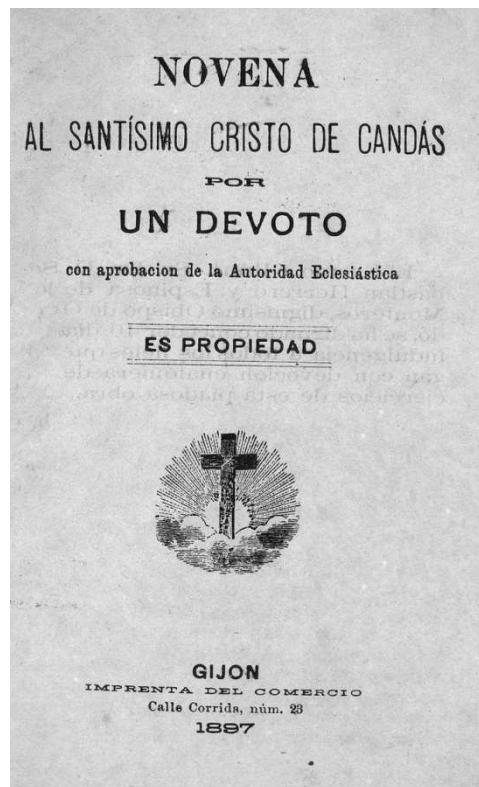
GIJON. (Miércoles, mañana.) *El Comercio*, de Gijón, publica una carta de su corresponsal en Candás, en la que se da cuenta de las fiestas que los pescadores de este distrito marítimo dedican al milagroso Cristo de Candás, tan venerado en toda la costa asturiana.

El día mayor de la festividad, y en la sacristía de la iglesia parroquial de Candás, se celebró el acto de entrega al capitán del puerto de Luanco, cultísimo jefe de la Armada, don José María Cebreiro, del hermoso bastón de mando que por suscripción entre los pescadores le ha sido regalado.

Terminada la función religiosa, el agasajado y todos los pescadores de esta costa, que anualmente vienen á Candás á las fiestas del patrono, se dirigieron á la *Rula*—domicilio social de los pescadores—, en donde el Sr. Cebreiro pronunció un sentido discurso de gracias que fué acogido por los luchadores marinos con aplausos, vítores y abrazos al señor Cebreiro.

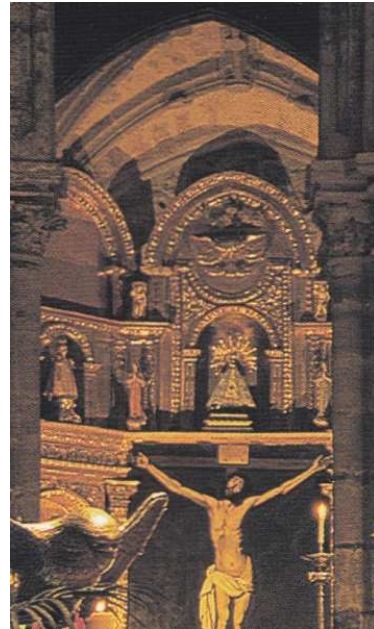
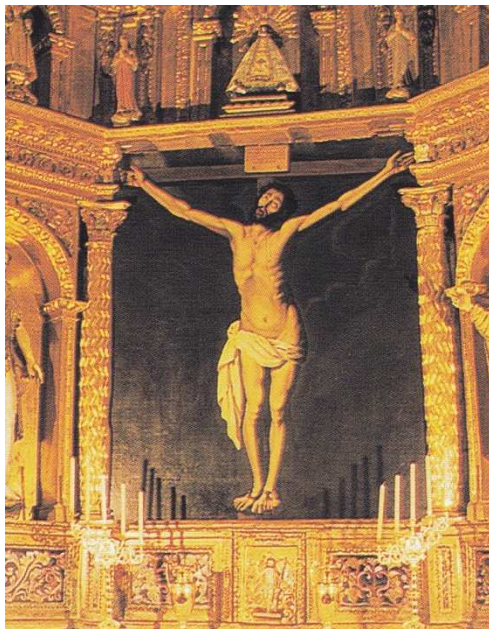
Todos los pescadores del distrito de Luanco muestran muy agradecidos y satisfechos de las altas dotes de justicia y afabilidad de tan distinguido jefe de la Armada.

(La Correspondencia, septiembre de 1912).

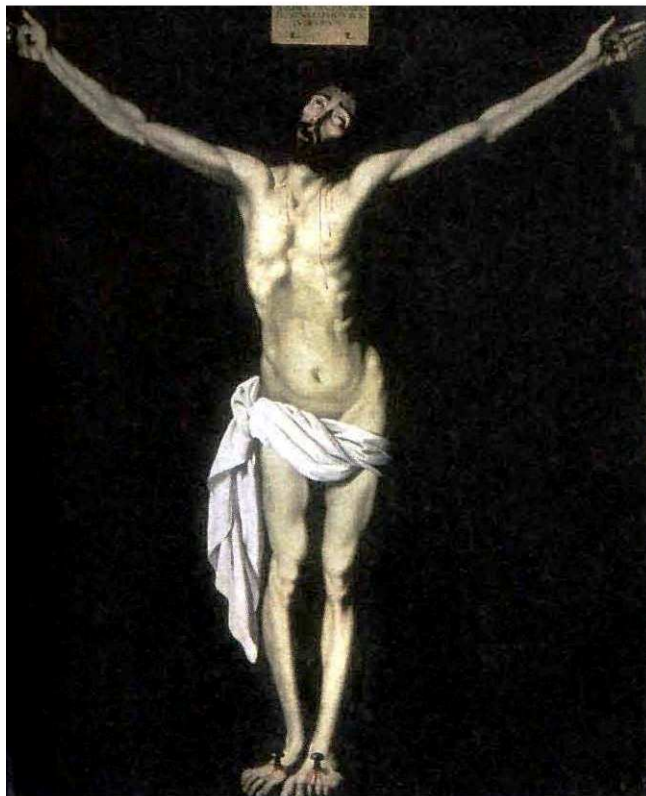
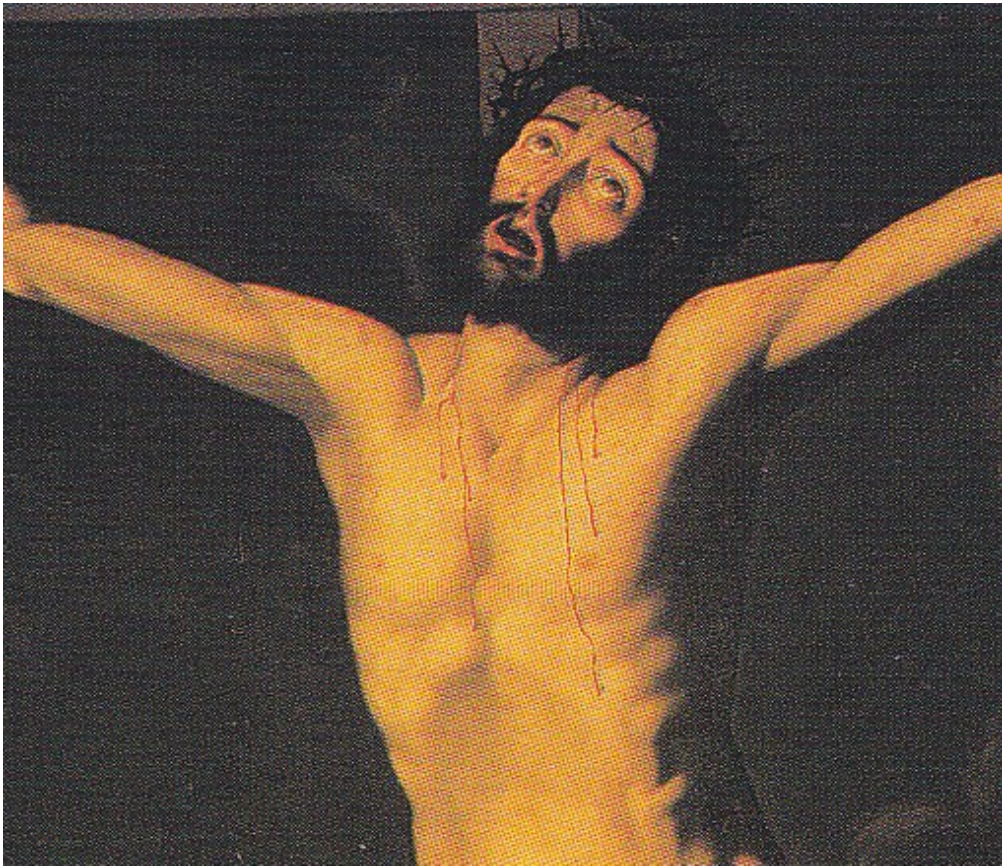


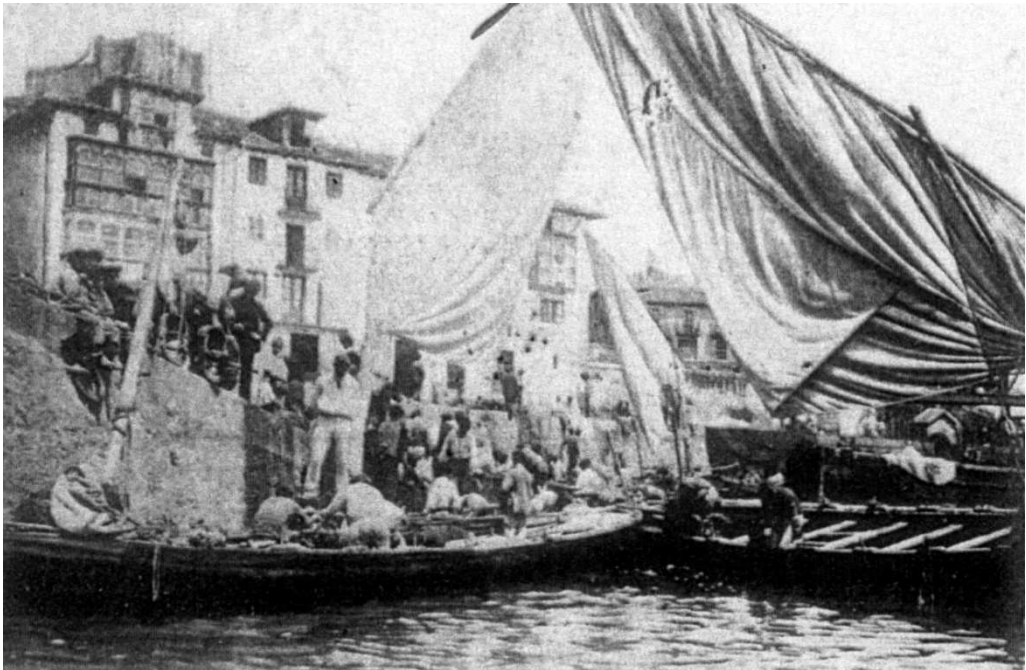
Para el final, por razones emotivas y sobre todo de singularidad, hemos dejado el caso de la muy marinera Castro Urdiales. En la monumental iglesia parroquial de Santa María de la Asunción existe una capilla en cuyo retablo se encuentra el venerado *Cristo de la Agonía* o *Cristo de los Milagros*. La leyenda de los castreños de antaño no podía ser más bella: “cuando varias chalupas con pescadores castreños y laredanos andaban arponeando ballenas, una repentina y gran tormenta estuvo a punto de hacerles zozobrar; después de rezar encomendándose a la Providencia, la calma apareció, y vieron entonces con asombro flotar en las inmediaciones de sus barcos un lienzo con la imagen de Cristo. A pesar del enfado de los balleneros de Laredo, el cuadro plácidamente avanzó por las aguas hasta llegar a la Dársena de Castro, desde donde fue trasladado entre el fervor popular hasta la iglesia de Santa María de la Asunción”⁵.

La especificidad castreña está en que llegó flotando un cuadro o lienzo del Crucificado, y no, como en el resto de los casos enumerados, una talla de madera. Además no es el único caso de leyenda de marineros castreños e imágenes. En el santuario santanderino de la Virgen del Mar se cuenta que la imagen de la Virgen fue robada a finales del siglo XVI por unos piratas holandeses. Cuando llegaron a mar abierta tiraron la imagen a la mar. Allí fue recogida por pescadores castreños y devuelta a Santander.

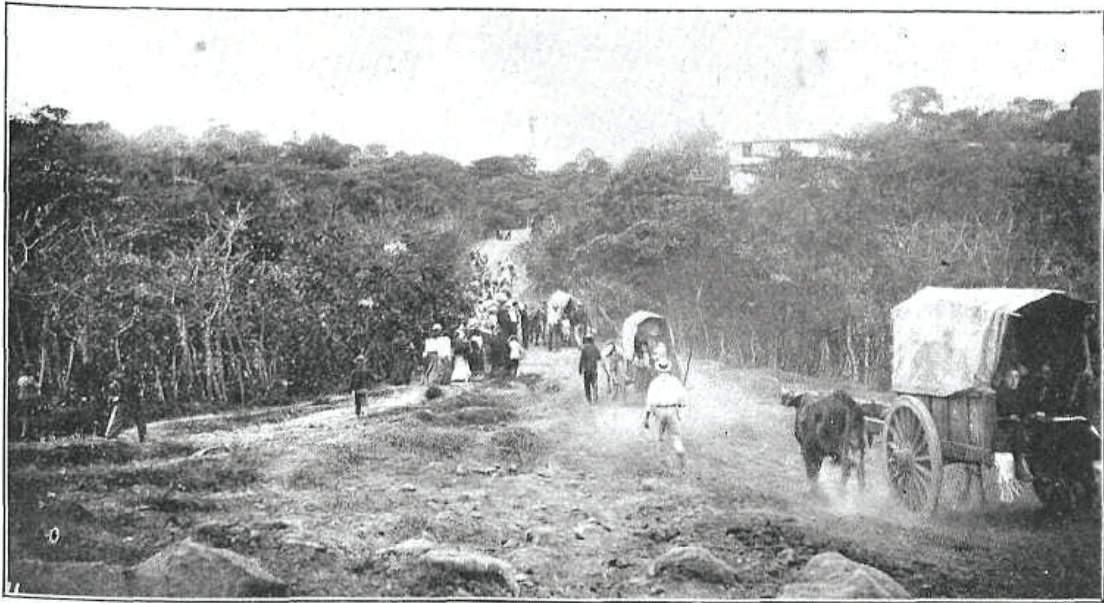


⁵ Ojeda San Miguel, R., De la vida, mentalidad y costumbres de los pescadores de Castro Urdiales, Castro Urdiales, 2005.





Estas leyendas de Cristos encontrados, o llegados desde, la mar, como no podía ser de otra forma, con la civilización hispana acabaron cruzando el Atlántico. Así, en América también existen Cristos muy venerados con las mismas tradiciones. Este es el caso, por poner los ejemplos más célebres, del *Cristo Negro* de Portobelo en Panamá, del argentino *Cristo de Salta*, y del *Cristo de Esquipulas*.



CAMPESINOS DIRIGIÉNDOSE A LA ROMERÍA DEL SANTO CRISTO DE ESQUIPULAS, EN ALAJUELITA

2001

CASTRO URDIALES

